

ASESINATO EN EL *HONJIN* Y OTROS RELATOS

SEISHI YOKOMIZO

Traducción del japonés:
Kazumi Hasegawa


QUATERNI

Título original: Honjin Satsujin Jiken
Copyright © Seishi Yokomizo 1973
First published in Japan in 1973 by KADOKAWA CORPORATION, Tokyo.
Spanish translation rights arranged with KADOKAWA CORPORATION, Tokyo through
Japan Uni Agency, Inc., Tokyo
Traducción del japonés: Kazumi Hasegawa
Revisión y adaptación: Eva González Rosales

Copyright © 2017 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Asesinato en el *honjin* y otros relatos. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-946160-7-5

EAN: 9788494616075

IBIC: FH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Diseño de colección: Quaterni
Diseño de cubierta: Cuadratín
Maquetación: Grupo RC
Impresión: Grafilur, S.A.
Depósito Legal: M-20777-2017
Impreso en España

21 20 19 18 17 (09)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

ASESINATO EN EL HONJIN

(*EL ASESINATO DEL KOTO ENCANTADO*)

EL HOMBRE DE LOS TRES DEDOS

Antes de escribir este relato quise conocer la mansión donde ocurrió el horrible asesinato y una tarde de principios de primavera fui a visitarla acompañado de mi bastón.

Llegué a esta localidad de la prefectura de Okayama en mayo del año pasado, huyendo de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces han sido muchos los que me han contado la historia del asesinato del koto¹ encantado que tuvo lugar en la mansión de la familia Ichiyonagi.

La gente, cuando descubre que soy escritor de novelas policiacas, suele contarme aquellos homicidios que ha vivido de cerca o de los que ha oído hablar. Estos lugareños no fueron la excepción y todos ellos me relataron lo sucedido al menos una vez. Al parecer, los hechos les causaron una gran impresión. Sin embargo, la mayoría jamás llegó a comprender la esencia y el verdadero horror que escondía este caso.

Con relación a mi experiencia, me atrevo a decir que las historias que me cuentan nunca son tan interesantes como cree su narrador, y ni por asomo podrían inspirar una novela.

1 Instrumento parecido al arpa de origen chino.

Pero este caso era diferente. La historia llamó mi atención desde la primera vez que la oí. Y cuando más tarde conocí a F., que sabía bien la verdad de lo ocurrido, su entusiasmo me cautivó. Aquel no había sido un homicidio común. El criminal lo había planeado todo cuidadosamente, y se trataba además de un misterio de «habitación cerrada».

Todo escritor de novelas policiacas desea abordar este tema al menos una vez. ¡Sería fascinante resolver un asesinato que se llevó a cabo en el interior de un espacio cerrado en el que el asesino no puede entrar ni salir! Por eso, casi todos los escritores de novela negra han tratado este tema al menos una vez en su carrera. Incluso hay autores, como Dickson Carr, cuyas novelas son siempre variantes de este subgénero; o eso dice mi amigo Eizo Inoue, el primero que tradujo su obra al japonés. Yo también quería enfrentarme a ese desafío, y ahora tengo la posibilidad de hacerlo. Por consiguiente, es posible que tenga que dar las gracias al criminal peligroso y cruel que descuartizó de un modo tan horrible a un hombre y a una mujer.

Cuando me contaron la historia por primera vez, me exprimí la cabeza tratando de recordar si había leído algún caso parecido. Primero recordé *El misterio del cuarto amarillo*, de Gastón Leroux; luego me vinieron a la mente *Los dientes del tigre*, de Maurice Leblanc, *Matando en la sombra*, de S. S. Van Dine o *El patio de la plaga*, de J. Dickson Carr, e incluso *Asesinato entre los ángeles*, de Roger Scarlett; todos buenos ejemplos de un asesinato en una habitación cerrada. Sin embargo, este caso era muy diferente a los que aparecen en esas novelas, aunque tuve la impresión de que el asesino las había leído todas y, después de diseccionar los trucos empleados, seleccionó únicamente los elementos que necesitaba para crear un nuevo artificio.

El misterio del cuarto amarillo podría ser el más similar a este caso, aunque no tanto por lo sucedido como por el ambiente de la escena. Dicen que la habitación donde sucedió estaba pintada de ocre rojo. Las columnas, el techo, el baúl y las puertas exteriores que sirven para protegerse de la lluvia y el viento también eran de ese color. Es necesario mencionar que en esta región no es raro que una casa esté así pintada. De hecho, el lugar donde me alojé también lo está, aunque la casa es tan antigua que más que rojo parece negro. Pero dicen que el lugar de los hechos estaba recién pintado, así que imagino que el color sería intenso y que haría resaltar los tatamis nuevos, los *fusumas*² y el biombo dorado. Allí encontraron muerta a la pareja. La escena debió ser impresionante.

Además, este caso contiene un elemento más que me entusiasma: un koto que guardaba relación con todo lo sucedido. A mí, que aún no he perdido el romanticismo, me pareció sobrecogedor que durante el incidente estuvieran presentes las fuertes notas de un koto. Sería un escritor desagradecido si no aprovechara una mezcla de elementos tan interesantes: un asesinato acompañado por los acordes de un koto en una habitación cerrada pintada de rojo.

Me he desviado un poco del tema, pero volvamos a la historia. La distancia entre mi casa y la mansión Ichiyaniagi, el lugar en cuestión, es de unos quince minutos a pie. Como indica su nombre, Okamura aza yama no tani es un pueblo pequeño rodeado de montañas cuyas laderas se extienden hacia el valle como los brazos de una estrella de mar. En la punta de uno de esos brazos se encuentra la mansión Ichiyaniagi.

2 Puerta corredera interior de papel que puede decorarse con pinturas.

Al oeste hay un arroyo y en el este un camino cruza la montaña para llegar a otra localidad. Este arroyo y el camino se unen más adelante, al llegar al valle, rodeando el triángulo irregular de un acre y medio de tierra que ocupa la mansión. De este modo, la hacienda colinda al norte con la montaña, al oeste con el arroyo y al este con el camino que conduce a la localidad más cercana. Por supuesto, la puerta principal está junto al camino.

Me acerqué a la entrada: un portón negro magníficamente ornamentado a cuyos lados se alzaba un impresionante muro de unos doscientos metros de largo. Me asomé para observar, pero el muro interior que es habitual en las mansiones me impedía ver más allá.

Entonces me dirigí a la parte occidental de la propiedad y caminé hacia el norte bordeando el arroyo. Al final del muro había un molino de agua estropeado y, más allá, un puente. Lo crucé y me adentré en el espeso bosque de bambú que subía el terraplén y quedaba al norte de la mansión. Desde allí arriba, mirando hacia el sur, se podía ver la casa Ichiyagi casi por completo.

Desde mi posición observé primero la pequeña casita que estaba más cerca. Allí fue precisamente donde ocurrió todo. Según me contaron, había sido construida por el anterior cabeza de familia como lugar de retiro y solo tenía dos habitaciones pequeñas. Era pequeña, pero su jardín estaba bien diseñado; había tantas plantas y rocas que visualmente resultaba un poco recargado.

De esta casita hablaremos después con más detalle. Al fondo se alzaba la mansión principal. Era grande y de una sola planta, orientada hacia el este. Más allá se hallaban los almacenes, construidos sin un orden aparente. La mansión y la casita de invitados estaban separadas por una valla baja de bambú con una puertecita del mismo material. La valla y la

puerta se encontraban muy deterioradas, pero en el pasado eran nuevas y firmes y detuvieron un momento a la gente que acudió desde la mansión al oír los gritos.

Así era la mansión Ichiyangi. Un momento después salí del bosque y caminé hasta el ayuntamiento de Oka, que se encuentra en la entrada sur del pueblo, al final de la zona habitada. Desde ahí hasta Kawa solo había campo. Entre medias pasaba una carretera que caminando unos cuarenta minutos conducía a la estación de tren. Esto significaba que todo el que llegaba en tren tenía que pasar por la carretera frente al ayuntamiento.

Ahora bien; delante del ayuntamiento había una casa de fachada sencilla que en el pasado fue una taberna frecuentada por los arrieros. Allí fue donde aquel hombre misterioso con solo tres dedos, que tuvo un papel muy importante en el asesinato de la mansión Ichinayagi, hizo una parada.

Fue la tarde del día veintitrés de noviembre de 1937, es decir, dos días antes del asesinato. Mientras la tabernera estaba sentada en la terraza charlando con unos clientes habituales (un arriero y un funcionario del ayuntamiento), llegó un hombre a pie por la carretera de Kawa. El hombre se detuvo ante ellos y dijo:

—Buenas tardes, ¿puedo hacerles una pregunta? ¿Cómo se llega a la mansión Ichiyangi?

Al escucharlo, la tabernera, el funcionario y el arriero se giraron e intercambiaron una mirada. ¿Qué relación podía tener aquel hombre harapiento con la familia Ichiyangi, la más rica del pueblo? El viajero llevaba un sombrero arrugado y deformado y un cubrebocas grande. Bajo el sombrero podía verse su cabello despeinado y llevaba la barba

descuidada y crecida, lo que lo hacía parecer sospechoso. No llevaba abrigo y se había levantado el cuello de la chaqueta para protegerse del frío. Tenía el pantalón cubierto de mugre y tierra, y las coderas y rodilleras desgastadas. Las punteras de sus zapatos estaban rotas y blancas de polvo. Parecía agotado. Debía tener alrededor de treinta años.

—¿La mansión Ichiyanagi? Es en esa dirección. ¿Qué le trae por aquí? —le preguntó el funcionario.

El hombre murmuró algo debajo del cubrebocas, parpadeando como si estuviera deslumbrado, pero nadie oyó su respuesta.

Justo en ese momento apareció una *jinrikisha*³ en el camino.

—¡Mire, joven! —exclamó la tabernera al verla—. Ese es el señor de la mansión Ichiyanagi.

El hombre que viajaba en la carretilla, moreno y de gesto severo, aparentaba unos cuarenta años e iba vestido de negro, al estilo occidental. Estaba erguido y con la mirada fija al frente, sin girarse en ningún momento. Sus mejillas hundidas y la barbilla alzada lo hacían parecer inaccesible.

Se trataba de Kenzo, el patriarca de la familia Ichiyanagi. La carretilla pasó de largo y desapareció al doblar la esquina.

—Oye, ¿es verdad que Kenzo se va a casar? —preguntó el arriero a la tabernera cuando la carretilla desapareció de la vista.

—Sí, al parecer la boda es pasado mañana.

—¡Caramba! ¿Por qué tanta prisa?

3 Carretilla tirada por un hombre.

—Si lo retrasara mucho podrían surgir obstáculos, ¿no es cierto? Por eso lo van a hacer lo antes posible. Una vez tomada una decisión, ese hombre es inflexible.

—Pues sí, por eso ha llegado a ser un gran académico. No obstante, me extraña que su madre lo haya aceptado —dijo el funcionario del ayuntamiento.

—No está de acuerdo, por supuesto, pero dicen que se ha resignado. Es que cuanto más se oponen los demás, más se empeña Kenzo.

—¿Cuántos años tiene él? ¿Cuarenta y qué?

—Justo cuarenta. Y, sin embargo, es su primer matrimonio.

—Será que ha encontrado por fin a su media naranja. Dicen que los amores tardíos son más apasionados que los juveniles.

—Pero la novia apenas tiene veinticinco o veintiséis años. Es la hija de Rinkichi, ¿no lo sabías? ¿Cómo habrá conseguido conquistar a un hombre tan importante? Oye, ¿sabes si la chica es guapa?

—Dicen que no es para tanto —apuntó la tabernera—. Pero es maestra, así que debe ser muy inteligente y resuelta. Puede que fuera eso lo que atrajo a Kenzo. Las mujeres modernas no podemos descuidar nuestra educación.

—¡Venga ya! ¿Tú también vas a ir a la universidad para ver si te ligas a un millonario?

—¡Claro que sí!

Mientras los tres se reían, el caminante los interrumpió tímidamente.

—Por favor, señora, ¿podría tomar un vaso de agua? Tengo mucha sed.

Los tres se giraron con sorpresa; todos se habían olvidado del viajero. La mujer lo miró con desdén, pero le sirvió un vaso de agua. El hombre le dio las gracias y se bajó un

poco la máscara de la boca. Entonces, los tres se miraron aterrorizados.

El caminante tenía una gran cicatriz en la mejilla derecha, una línea que subía desde la comisura hasta el pómulo y que hacía que su boca pareciera la de un lobo. Llevaba la máscara para ocultar su cicatriz, no para protegerse de la gripe o del polvo. Otra cosa que les pareció espeluznante fue su mano derecha, con la que había agarrado el vaso. Solo tenía tres dedos, y al meñique y al anular les faltaba la mitad.

El hombre de los tres dedos se terminó el agua, dio las gracias a la tabernera y se marchó caminando pesadamente en la misma dirección que Kenzo. Los tres se sintieron aliviados.

—¿Quién será ese hombre?

—¿Qué tendrá que ver con los Ichiyangi?

—¡Ay, qué tipo tan siniestro! ¿Le habéis visto la boca? ¡Era horrible! ¡Jamás volveré a usar este vaso!

De modo que la tabernera guardó el vaso en el fondo de un estante. Esto fue muy útil posteriormente.

A propósito; mientras leéis esto, mis inteligentes y avisados lectores, sin duda intentaréis adivinar qué va a ocurrir a continuación. Siendo así, debéis saber que es posible tocar el koto con tres dedos. Solo son necesarios el pulgar, el índice y el corazón.